

EL SOLAR

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

AÑO I N.º 2 (Ceso) SAN JOSÉ, OCTUBRE 5 DE 1920



SUMARIO:

- Los Jermes—*Victor Hugo*
Ilusiones de criterio—*F. Arborea y Arborea*
Diez no—*Rafael V. Salguero*
 Jesús—Almalueche
De impresiones—*Rafael Sierra*
Poetas vencidos—*Rafael Barret*
Igual que las sombras—*Emilio Carrere*
Himno Nacional—*Martina Inarte*
Conjunción—*Yamanda Rodríguez*
Los Saboyas—*Blasco Ibañez*
Historia de almas—*Martinez Sierra*
El odio—*Emilio Zola*
Charla gaucha—*Javier de Viana*
Notas gráficas, etc.

**SEA USTED HERMOSA
SERÁ FELIZ**



Para evitar las arrugas, las grietas y los puntos negros use las preparaciones **Mon Secret**, DR. SAINT ROCHY, Paris, que son filtros eternos e inagotables de juventud y de belleza. (CREMA, POLVOS, AGUA, JABÓN)



Único depositario: MANUEL GARCÍA (hijo)
Farmacia García.—San José

— LOS DOS TELÉFONOS —

Almacén "Colón"

— DE —

Casa especial en los ramos
de
comestibles y bebidas



Mazzzone Hnos.

Variadísimo surtido en especialidades

Calle Colón esquina Arenal Grande

EL SOLAR

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

DIRECTOR:

LUIS MARIO ALLES

ADMINISTRADOR:

MIGUEL J. DEL CASTILLO

IMPRESA EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE JUAN C. y PEDRO A. CIGANDA

Precio de suscripción mensual 8 050
del ejemplar 0 15

Aparece los días 5 y 15 de cada mes.

Dirección y Administración: Calle Itzaingó No.

De «La Leyenda de los Siglos»

Los leones

Los leones en la fosa estaban sin alimento. Cautivos, rugían llamando a la gran naturaleza que cuida de las fieras aun en el fondo de sus antros cavernosos.

Los leones no habían comido desde hacía tres días. Se quejaban del hombre, y, llenos de sombríos odios, a través de su techo de barrotes y de cadenas, miraban del occidente la sangrienta mancha roja. Su voz temblaba espantada al lejano viajero que se alzaba por el horizonte sobre las colinas azules.

Tristes, azotaban el viento con sus colas; y las paredes de la cueva temblaban, mientras sus ojos sangrientos a su boca ávida añadían rabia.

La fosa era profunda; y para ocultar su fuga, Og y sus numerosos hijos la habían antiguamente construido; aquellos hijos de la tierra habían labrado para ellos este palacio colosal en la tenebrosa roca; habiendo roto con sus cabezas la espesa bóveda, la luz entraba en ella y allí se extendía por todo, y este calabozo obscuro tenía por cúpula el firmamento azul.

Nabucoodonosor, que reinaba en Asur, había hecho cubrir de un enlazado el centro; y este rey salvaje había encontrado a propósito para alojar los leones este antro, que antiguamente vio a los Cam y los Deucaliones y fue edificado para gigantes.

Eran los leones cuatro, y todos espantosos. Una capa de huesos tapizaba la vasta jaula; los peñascos proyectaban su sombra sobre las fieras, que caminaban machacando sobre el pavimento horrible, huesos de animales y esqueletos de hombre.

El primero llegó del desierto de Sodomá; en otros tiempos, cuando era dueño de su salvaje libertad, habitaba el Sin, en los confines terribles del silencio y la soledad, desgraciado del que caía bajo su pata de pelo áspero. Era un león del desierto.

El segundo procedía de los bosques fecundos del Eufrates. El mundo entero tembló poco tiempo antes, viéndole bajar hacia el río; fue difícil apresarle, porque necesitaron para ello las jaurías de dos reyes; rugía. Era un animal de los bosques.

El tercero era un león de las montañas. Antiguamente tenía por compañeros la obscuridad y el horror; en aquel tiempo, algunas veces en los barrancos fangosos se lanzaban al galope ovejas y toros; todos huían, el pastor, el guerrero y el sacerdote, si veían aparecer su cara espantosa.

El cuarto, monstruo espantoso y fiero, era un gran león de las orillas del mar. Paseaba cerca de las olas antes de su esclavitud.

Gur, ciudad fortificada, se alzaba entonces sobre la orilla, sus techos humeaban; en su puerta se abrigaba un montón de navíos mezclando

confusamente sus mástiles; el campesino, llevando su gomor lleno de maná, entraba en ella; el profeta llegaba sobre su asno. Este pueblo estaba alegre como un pájaro dejado escapar.

Gur tenía una plaza con un gran mercado, donde el abisinio venía a vender marfil, los de Amorríhen, ámbar y camisas negras; los de Ascalón, manteca y los de Aser, trigo; de la velocidad de sus navíos el abismo estaba intimidado; pero a este león le molestaba la ciudad; encontraba, cuando por la noche pensaba inmóvil, que había demasiada gente y hacían mucho ruido.

Gur era muy fuerte y altanera; por la noche, tres pesadas barras cerraban su entrada inabordable; entre cada almena se erguía, formidable, un cuerno de búfalo o rinoceronte; la muralla era sólida y recta como un héroe; y el Occano la rodeaba con olas que desbordaban de un foso de sesenta codos de profundidad. En lugar de perros negros ladrando en sus covachas, dos cocodrilos monstruosos, cazados en los juncos del Nilo y educados por un mago para la guardia servil, velaban a los dos lados de la puerta de la ciudad.

Pero el león, estando la noche avanzada, había franqueado de un salto el colosal foso, y roto, furioso, entre sus dientes crueles la puerta de la ciudad con sus triples barras, y hasta sin verlos, había mezclado a los dos dragones en el espantoso aplastamiento de bisagras y cerrojos; y cuando se volvió hacia la orilla del mar, de la ciudad y de la gente no quedaba más que un recuerdo, y para alojar al tigre y a andar los buitres, algunas partículas de muros con aspecto de torres.

Este estaba echado sobre el vientre. No rugía, hostezaba; en el antro donde el hombre miserable le tenía bajo su pie, desdenaba el hambre, no sentía más que aburrimiento.

Los otros tres iban y venían; sus papilas, si algún pájaro rozaba los barrotes con sus alas, le seguían; y su hambre les hacía saltar, y sus dientes machacaban la sombra con su grito ronco y sordo.

De repente, en el ángulo obscuro del lúgubre establo, la reja se entreabre; en el dintel temblé apareció un hombre a quien empujaban brazos horriblemente temblorosos; vestía blancos sudarios; la reja cerró sus dos batientes fúnebres; y el hombre con los leones quedó en las tinieblas.

Los monstruos sacudieron sus melenas, furiosos, se arrojaron sobre él, lanzando aullidos espantosos, como rugió el odio y el pillaje y toda la naturaleza feroz e irritada con su terror y sus rebeliones; el hombre dijo:

—La paz sea con vosotros, leones.
El hombre levantó la mano y los leones se detuvieron.

Los lobos que hacen la guerra a los muertos y los desentieran, los osos de cráneo achatado, los chacales convulsivos, que durante el naufragio vagan sobre los arrecifes, son feroces, la

hiena infame es implacable, el tigre espera su presa y de un solo salto la hace sucumbir; pero el poderoso león, que marcha a largos pasos, levanta a veces su garra y no la baja, siendo el gran soñador solitario de la obscuridad.

Y los leones agrupados en la imensa gruta se miran y, hablando entre ellos, deliberan; se lubiera dicho que eran unos ancianos arreglando un debate al ver el fruncimiento de sus bigotes blancos. Un árbol muerto pendía arrojando sobre ellos las sombras de sus ramas.

Y grave el león de las arenas dijo:

—Leones, cuando este hombre ha entrado, he creído ver los rayos de luz del mediodía en la llanura donde el ardiente simón pasa, y he sentido el soplo enorme del espacio; este hombre viene a nosotros de parte del desierto.

Y dijo el león de los bosques:

—Otras veces el concierto de la higuera, de la palmera, del cedro y de la carrasca, llenaba día y noche mi alegre caverna; hasta en la hora en que todo el mundo se calla, el gran follaje verde cantaba a mi alrededor. Cuando ese hombre ha hablado, su voz me ha parecido dulce como el ruido que sale de los nidos entre la sombra y el musgo. Este hombre viene a nosotros de parte de los bosques.

Y el que más se había aproximado, el león negro de los montes, habló a su vez:

—Este hombre se parece al Cáucaso, donde jamás ni una roca tiembla; tiene la magestad del Atlas, he creído ver, cuando ha levantado su brazo, moverse el Líbano y elevarse, arrojando sombra inmensa sobre los campos. Este hombre viene a nosotros de parte de las montañas.

El león que antiguamente al borde de las olas paseaba, rugiendo tan alto como el Océano gruñía, habló el cuarto para decir:

—Hijos míos; tengo por costumbre, cuando miro la grandeza, olvidar la amargura, y por esta razón era yo vecino del mar. Veía allí—dejando que las olas se cubriesen de espuma—aparecer la luna y salir el sol, y a la obscuridad infinita sonreír con la aurora; he adquirido ¡oh leones! en esta intimidad la costumbre del abismo y de la eternidad; pero sin conocer el nombre con que en la tierra te designan, he visto brillar el cielo en los ojos de este hombre. Este hombre de frente serena viene de parte de Dios.

Cuando se hubo ennegrecido el gran firmamento azul, el guardián quiso ver la fosa y a aquel esclavo, y pegando su rostro pálido a las rejas de la cueva, en el fondo vago de ella vió a Daniel que se mantenía en pie y miraba al cielo, y pensaba, contemplando las innumerables estrellas, mientras los leones lamían sus pies en la obscuridad.

Víctor Hugo

ILUSIONES DE CRITERIO

PARA EL SOLAR

Ilusos aquellos que piensan que porque dos personas se arrodillan ante la misma imagen de la divinidad, las dos tienen el mismo concepto de lo divino.

E igualmente ilusos los que juzgan que entre dos partidarios de la reforma social, ambos tienen la misma idea de lo que debe ser la reforma.

Si no nos podemos poner de acuerdo en nuestra apreciación sobre lo presente; si disentimos y disputamos aún respecto de lo que cae bajo el dominio inmediato de nuestros torpes sentidos;

si discutimos de diverso modo los hechos consumados, a pesar de la experiencia adquirida sobre ellos ¿cómo es posible esperar que nos pongamos de acuerdo respecto del porvenir?

¿No será más lógico creer que cuando ese porvenir sea presente, se remuevan todos nuestros antagonismos y todas nuestras discusiones?

¿Y no será también mejor que así suceda?

Porque la verdad sea dicha: si alguna vez todos los hombres pudieran hallarse conformes con su suerte, la humanidad no tendría razón de ser, y las virtudes y los vicios, la justicia y la iniquidad, la verdad y el error, el bien y el mal, no serían ya valores positivos y negativos, sino valores nulos, y la nulidad de éstos valores harían que la vida no valiera la pena de vivirla.

F. ARBOLEYA Y ARBOLEYA

DIEZ NO

No puedo tolerar el egoísmo de los avaros intelectuales que se afanan en ocultar el inagotable tesoro de su entendimiento, al extremo de correr la contingencia de perderlo, para no encontrarlo jamás.

No me satisface la conducta de los que disimulan con tan extremosa habilidad su inteligencia que parece, en realidad, no la tuvieran.

No acepto el procedimiento que emplean algunos sabihondos para juzgar un cerebro pródigo en ideas, porque se que los ignorantes con influencias, opinan siempre con preferencia sobre aquello que más ignoran.

No me conducto de los que no conociéndose asimismo, se llaman entendidos en todo, sin presentir, que ponen en transparencia su tupé, y que a pesar de hacerse les piadosas advertencias reinciden en tal forma, que el mayor castigo para su falta sería inyectarles un poco de sustancia gris.

No me agrada el palabrerío insulso de algunos eruditos y menos el de los repetedores de frases vulgares.

Uos y otros me hablan de lo que ellos no fueron capaces de realizar.

No les amo ni les odio. Los charlatanes me son indiferentes como un percepto al que no le pongo atención.

No me sorprende la luz del sol que solo ilumina las superficies.

Me extasia la claridad de la inteligencia que penetra hasta el fondo de las cosas y de los seres.

No creo en la modestia de quienes poseen talento y no lo exhiben, de los que todo lo saben y no predicán. Con estas cualidades evitaría pasar por zopenco.

No se puede ocultar por mucho tiempo la inteligencia. Esta es como esas manchas que cuanto más se frotan más claras aparecen.

No acepto términos medios, o se és o no sé es. Por un extremo el genio, por el otro la estulticia.

Setiembre de 1920

RAFAEL V. SALGUERO

DIALOGUITO

El inquilino. No se puede dormir en esta pieza; hay dos ratones que se pelean continuamente. El propietario. ¿Y que quiere usted por tres reales diarios? ¿Una corrida de toros?

Para mi chusma.

IV

Hace ya veinte siglos que te alumbró el perdón desde las alturas de la cruz. Tus sabios, tus pensadores, tus filósofos le han dado muchos nombres, —reciprocidad, tolerancia, solidaridad humana,—pero no es más que perdón; pero no es más que amor. Deja no más que te llamen loco, cuando abandonas tus hijos para asistir a tu vecino enfermo; que te castiguen como a cohecedor del crimen, cuando das refugio en tu agujero al delincuente fugitivo; que te pronostiquen el patíbulo, cuando agrandas, en tu alma, la pálida figura del ajusticiado; y que te motejen de supersticioso y de ignorante y de estúpido, cuando velas junto a los muertos y lloras sobre ellos y te arrodillas en presencia de su tumba; tú eres el bueno; es decir tú eres el hombre!

Ser bestia es fácil. Vete al desierto o a la montaña o a la selva, o a la resonante orilla del mar y encontrarás tu alimento, tu vestido y tu cama al alcance de tus manos; pero no serás hombre, porque no tendrás a quien amar. Cualquiera bruto toma represalias, cualquier almaña defiende su cueva y gruñe junto a su presa, cualquier macho busca su hembra: ninguno de ellos besa sobre los dolores ajenos; nadie perdona, más abajo de ti, oh hijo de Adán! Eso es humanidad.

Y todo lo que eso no sea es un apostema de tu alma, una cosa maldita que te tira para atrás. Tu civilización no es tu comodidad, tus palacios, tus grandes ciudades, tus acueductos, tus máquinas, tus descubrimientos, tus ciencias y tus artes, que te dan felicidades, que te alargan la vida y la llenan de goces, no son otra cosa que el dique de los castores y la tela de las arañas y el instinto de lo más cómodo del gato ese que busca para echarse a vivir el sitio más confortable de tu casa: dejaste de ser como todos esos el día que vertiste la primera lágrima en presencia de un dolor que no era el tuyo!

Aquel que no hace su vida refiriéndola al vecino, y al barrio y a la comuna, y al país y al mundo, y al porvenir de todo esto, ese no está civilizado: todo egoísmo que no alcance tal amplitud, no habrá pasado de la órbita reducida de la animalidad inferior.

Cuando te pongan por ejemplo a las cosas, las plantas y las bestias, díles que tú no eres como ellas, que estás muy lejos de ellas y que no quieres regresar a ellas; y no regreses, aunque te azoten con espinas; y sigue amando a tu prójimo con toda la vehemencia con que te amas a tí mismo; si no quieres salir un buen día caminando en cuatro patas. No; la desgracia no es una basura repugnante; las grandes virtudes humanas no son grandes locuras. No; no: el bueno no está enfermo!

Así esta diciendo Jesucristo, hace ya veinte siglos, desde las alturas de la cruz.

ALMAFUERTE.

ENTRE JUÉZ Y DETENIDO

El Juez.—No le dije a usted que no deseaba volver a verlo por aquí...

El detenido.—Si señor; así se lo expliqué al vigilante pero no quiso hacerme caso...

En las plácidas alamedas de aquel parque, entre las *rainhas dos jardins* y sombra de azahares, transfórmase el calor en languida tibieza: los círculos concéntricos de estas avenidas deliciosas, prolongándose y extendiendo por todas direcciones, envolviendo en su trayecto y sofocando en sus anillos y repliegues, las onduladas llanuras de los parques, bordeando los cancheros, las fragantes madreselvas, la pradera de césped, el bosque de magnolias, los montículos de cimbrantes y sonoras cañas de esbeltísimos bambúes y el intrincado laberinto de *arrastradeiras*, parásitas y zarzas que desde los rebordes del estanque, punzadora, entre agrios matorrales de espadañas extiéndense hasta ceñir sus guías a los enhiestos torreones de la playa, sobre cuyos muros se posan las marinas aves, las golondrinas anidan, quiebran los vientos y reventan las olas.

Lilas y junquillos celestes, anémonas y azucenas, tulipanes, *boninas* y gardenias, sobre flexibles tallos, de la gracia y elegancia, formando cancheros o en mosaicos bizantinos al pie de los *carralhos*, esmaltan los arriates. Añosos ceibos de rojizos cálices entre las sensitivas *boas noites* extienden acá y allá sus ramas. Oscuras casuarinas y cimbrantes cocoteros se elevan por el aire; los *guadales* enarcan sus lomos erizados de púas, los datileros agitan sus penachos, extiéndose por la llanura hermosa *sábana salpicada* de yucas y de aloes, con el *milho dos vales* entrelazados a las *dobradas* violetas de Turquía y Parma.

Sobre las claras aguas del estanque nadan confundidos los cisnes, los frangos, los flamencos y las garzas; los cardenales bajan a beber a sus orillas, en la corriente centellean las rosadas escamas de los peces, silba el zorzal en la espesura, las *tumbantes saudades* esmaltan los senderos, el azahar perfuma el ambiente y la tanyarina dorada se refleja y resplandece sobre el fondo verde luz de las brillantes y anchas hojas del banano y la papaya.

Y en los planos y hondonadas, en los escondrijos y recodos, por entre los manchones de jacintos, y por cima las *glorietas*, desde bajo las grutas y techumbres desgarrando los aéreos cortinajes, por todas partes y en todas direcciones de aquella estrella de mil radios, potentes, yérguense a las nubes, lánzase a los espacios, olmos y *manguieras*, *chirimoyas* y *yatahis*, robles y cedros, excelsas *araucarias*, *pitangas*, cipreses, *yiquitivas* áureos pinos, magníficos *jacarandais*, helechos *arborescentes*, encinas seculares y palmeras gigantes, que en imagen y fiel trasunto de la vida, regados sus troncos con el vapor de las nubes transformado en lluvia, y sangre del humano corazón transformada en lágrimas, absorbiendo las impurezas de la tierra, serenas levantan su frente a las alturas, como el hombre, con sus plantas en el lodo, por cima los miasmas e impurezas de la vida levanta su frente hacia los cielos!...

Y en las tardes azules, encendido el aire, cuando la brisa regalando aromas estremece las hojas y agita las celestes campanillas, ebrías de luz, nadan en el éter por entre tornasolados enjambres de insectos zumbadores, tenues y levísimas mariposas, levísimas como su vida de un día, diáfanas como las ilusiones, alegres como el rayo brillante de la esperanza,—que en el coro del universal amor, en sus raudos y vagorosos

giros, al libar la dulce miel de los broches entrecabiertos bañan sus temblorosas alas esmaltadas con el polen de los lirios, en las ondas sonoras del aire transparente, hasta que, saciadas de néctar, y arrastradas por el viento, estremecidas de miedo por los nimbos rosados del crepúsculo, van a guarecerse en los capullos, para, en la noche, asfixiadas de perftumes, morir en el seno de las flores!...

RAFAEL SIENRA

POETAS VENCIDOS

Según las estadísticas de Novicow, enemigo burlón del socialismo, los nueve décimos de la humanidad no se nutren ni se visten lo bastante. Por cada «homo sapiens» bien alimentado, arropado y alojado, nueve padecen del hambre y el frío. Es un caso único, porque no conocemos ninguna especie en que haya nueve animales desolados por uno con pellicjo. No producimos pan, tejidos y viviendas para los que lo necesitan, sino para los que tienen dinero, y solo tienen lo indispensable aquellos a quienes les sobra algo. Se comprende que no se diviertan en este valle de lágrimas los que comenzaron por no poseer nada. Se ven reducidos a alquilar su carne y su conciencia—si pueden. Perdonémosles: ansían dar de comer a sus hijos; quizás no los aman lo suficiente para matarlos. Y los ricos ¿qué diablos han de hacer sino emplear toda su atención en conservar su oro, el supremo fetiche sin el cual la vida es entre nosotros hermanos un infierno?

En verdad que no es tiempo aún de que bajen a la tierra los poetas puros, un Tillier, un Guérin, un Herrera y Reissig. Es dezanencia, en las actuales circunstancias, ocuparse del ritmo. No hay ritmos entre nosotros, sino espasmos. ¿Música del Verbo, en medio de los nullidos de la desoperación y los respaldos de la hartura? No nos traigáis ahora acentos armoniosos: sería el colmo de la disonancia. Angeles, para visitar nuestra guarida, esperad a que haya partido la Bestia...

Empiece el poeta, el poeta «estricto» por disfrutar las rentas del lord Byron; orne su torre de marfil y enciérrase en ella; tal vez así se haga tolerable su vocación. Pero el poeta sin fortuna está condenado. ¿Habrá mayor calamidad que el genio desprovisto de aptitudes industriales? Cuando aparece el delicioso monstruo, sus padres se consternan, las gentes se rien de sus cabellos largos y de sus aires distraídos. Después, abandonado a sí mismo, el creador de belleza abriga la inaudita pretensión de vivir. Vivir! Eso es fácil para los que venden cosas útiles, fideos, mujeres, votos. ¿Qué presentas en el mostrador social? ¿Belleza? ¿Belleza absoluta, tuya, el élixir de tu alma vibrante, belleza desnuda, belleza a secas? Es un artículo sin salida. La belleza se soporta, más no se paga. Agradece el poeta—que te dejan morir en un rincón, y no te lapiden los transeúntes.

Los miserables (nueve décimos del conjunto) te dirán:—No te entendemos. Quieres hacernos soñar? Háblanos de venganza. No eres demasiado misterioso y demasiado apacible. Preferimos el alcohol.

Los satisfechos te dirán:—No te entendemos, ¿Qué catilo es ese? ¿Por qué no escribes como

todo el mundo? No nos hagas pensar por Dios!—no estamos acostumbrados. Respeta nuestras digestiones. Más vale que olvides tus simbostrismos, y prepares un folletín a lo Conan Doyle, una comedia de aparato a lo «Chantecler». ¿Te encojos de hombros? Conan Doyle cobra un peso por palabra. Rostand es académico y tu no te has desayunado hoy... Te protegeré, si me haces de cuando en cuando algún bombito.

Mallarmé, Villiers de L'Isle-Adam y Verlaine fundaron la poesía moderna. Mallarmé—favorito de la suerte!—daba lecciones de inglés. Villiers se resignaba a dadas de box, y se sintieron sus pulmones de las trompadas que recibía. Verlaine adoptó con placidez la vida de vagabundo, y compuso sus poemas en la taberna, en el cárcel y en el hospital. Y son los gloriosos! Pero los que ni siquiera gozaran, como Becquer, la fama póstuma, los niños que esconden bajo su raída carpeta de empleados el divino alcaico de su fantasía, deben pedir a la muerte el consuelo de no ver a la bestia vomitar sobre las flores; deben elevar al destino la plegaria de Carlos Guérin.

«Mejor que una honra mediocre, concédeme—Dios justo, morir joven y con el alma ebria—De voluptuosidad, poderoso orgullo, y con la fe—De que habría sido grande si me hubierais hecho vivir...»

RAFAEL BARRET

Igual que las sombras

Como sombras vanas pasan por la vida...
¡Oh, amigos antiguos, figuras lejanas!
A todos les mata su secreta herida
Y se van perdiendo como sombras vanas...

¡Oh bocas fragantes de antiguos amantes
en las que bebimos el dulce misterio
sensual! ¡Ya son tierra las bocas fragantes!
¡Dios sabe en que osario de qué cementerio!

Si de mí se aleja alguien que me ama,
me ronda una idea vaga y angustiosa;
se que en cada instante se extingue una llama
y en cada minuto se cava una fosa!

¿Qué boca de hielo cruel y desdentada
sopla al lado nuestro y apaga las vidas?
La gondola negra de la Descarnada
boga a islas remotas y desconocidas.

¡Los muertos no vuelven! ¿No vuelven? ¡Acaso!
Una voz lejana a veces me nombra;
vuelvo la cabeza y sólo oigo un paso
leve como un vuelo, que roza la alfombra

Nombres que tejieron nuestra propia historia,
las novias antiguas, los amigos viejos,
pasan cual fantasmas por nuestra memoria
igual que en el fondo de extraños espejos.

¿Adónde se han ido? ¿Qué rachas glaciales
apagaron esas lámparas de vidar?
¡Oh, fragantes musas de mis madrugales!
¿Dónde yerra vuestra sandalia florida?

Di si nos esperan los que antes traspasan
la muerte; ¡oh voz leve que a veces me nombra!
Los rostros se olvidan y las vidas pasan...
¡Igual que las sombras, igual que las sombras!

EMILIO CARRELE

PÁGINA ESTUDIANTIL

EL HIMNO NACIONAL

Almas nobles y sencillas; espíritus sensibles y elevados; corazones tiernos y sentimentales; acudid todos a escuchar el himno querido de mi patria!—No tiene nada de la magnificencia deslumbrante de una composición obra de un genio creador. No posee el brillo artístico que una mano maestra pudiera haberle dado, ni es; mucho menos un ejemplo dentro de la producción de los poetas de los tiempos en que apareció, y por lo tanto no se destaca soberanamente de entre sus compañeros por que tampoco vino a iluminar el pobre ambiente bohemio de mi patria. Nada de eso posee mi himno nacional.—Es por el contrario, un conjunto de estrofas rimadas, obra si se quiere de la musa ingeniosa de un vate como fué Francisco Acuña de Figueroa. Y acaso su música tampoco se la debemos al talento sobresaliente de un compositor erudito.

Pero si como obra literaria, su valor es más que mediocre, en cambio, guarda en sus estrofas sencillas el sintético sentimiento de un pueblo que pedía libertad, la alentadora esperanza de unos corazones puros y humildes que veían en los sucesos del mañana un recurso de igualdad y de justicia, y lleva además, patentadas en sus versos, todas las alternativas de una lucha desigual y noble que debiera ser más tarde jalón de nuestra Historia Patria y motivo de orgullo americano.

Por eso quiero que vayáis conmigo escuchando ese himno, almas sencillas, espíritus sensibles y corazones sentimentales.—Decidme: ¿no veis bosquejadas en él las siluetas rudas de nuestros ginetes independientes? ¿No escucháis en sus sonos los fragores roncós del clarín guerrero y las voces de mando en los combates por la libertad de nuestro suelo?—Y siendo así, ¿no sentís dilatarse vuestro corazón al solo impulso de esos acordes humildes pero expresivos e intensos?

Viven con él en mi número todas las páginas gallardas de mi historia. Y al escucharlo atenta veo abrirse ante mis ojos nublados de entusiasmos, un proscenio vasto, sublime, y desfilar por unos campos que yo conozco y amo multitud de siluetas que hoy veneramos como héroes patriarcales.

Y son siluetas grandes, siluetas que ha mucho llevo engarzadas como alhajas en mi corazón, gérmenes que fueron de una pasión que hoy tiene en mi pecho su nido de arrullos y recuerdos! ¡Si son nuestros héroes!

Escuchadlos: ¿Ya pasan...
Primero cruzan miles de figuras rudas. Son gauchos de mi tierra. Van tristes, cabizbajos, parece que algo pesa sobre sus espaldas, y caminan lentamente, arrastrando tras de sí una larga fila de desilusiones y de agravios. Son los oprimidos, los humildes, los sencillos, las siluetas del mañana, pero que hoy soportan y callan, no por miedo, sino porque frente a las decisiones groseras de quien los intimida bajan la cabeza y acatan sin responder. Pero comprenden; y lo único mejor que pueden hacer es rezar por sus almas, silenciosos, encerrados en su mutismo.
Ahora van huyendo a las mismas penas como

dicen ellos, y cual la caravana típica de los creyentes, dirigen sus pasos vacilantes hacia el Sinaí lejano, en donde esperarán pacientes al caudillo de sus ensueños, al que ha de traerles una patria para su hogar, y un homenaje para su Dios.
... Pasan los gauchos, y con ellos muchos años desfilan ante mis ojos. Y entonces, a las pocas estrofas siguientes vese aparecer entre el entusiasmo delirante de sus proscelitos ansiosos ahora de lucha, la grave figura del libertador. Está rodeado de paisanos cubiertos con poschos raídos; a sus costados se ven sables, tercetas, viejas pistolas empuñadas, y a manera de picas, rudas cañas arrancadas de los bosques vírgenes de la patria que llevan enastadas en las puntas, hojas de viejos cuclillos reatados con alambre. Son nuestros Quijotes de los primeros tiempos revolucionarios, quizá los mismos de la caravana, pero que ahora están prontos para libertar la patria y van a empezar la lucha con designios enérgicos. Así lo dice paso a paso su himno en los versos de su coro:

«Orientales; la patria o la tumba!».

Sí, es la patria quien los llama. Y han vuelto del letargo en que estaban sumidos, porque el silencio ha sido largo, penoso, y porque muy dentro de sus pechos, sus corazones desterrados clamaban justicia. Y van al combate:

«Se acometen con ruda atrevido
Retumbando con fiero estampido
Las cavernas y el cielo a la vez».

Se extingue el bosquejo último del jefe Artigas. Pero algo ha quedado latiendo en el ambiente inquieto. Son sus ideas. Y de entre ese grupo de gauchos constituidos, yo veo surgir las siluetas de los capitanes valerosos del patriarca viejo, del primer gaucho que llevó a los corazones de sus paisanos el grito redentor de la madre patria.

También con ellos la hoguera de la revolución se anuncia. Sus llamas lamen el sol de la bandera de combate, y en medio del bullicio estruendoso de la lucha, el alma tierna de los paisanos de mi tierra está muy lejos, porque ha salido de sus cuerpos batallantes para llevar un beso de esperanza a las altas cumbres azules, allí donde dicen ellos que posa su reino el que juzga imparcial a los hombres y sabe fallar en bien de los justos.

El ámbito guerrero, el bullicio que producen las armas y los hombres de la América entera, no deja de estremecer hasta los más apartados confines del nuevo mundo.—Las vibraciones estruendosas de la lucha, van a chocar contra la tumba pesada que cierra la tumba oscura del dios de los Incas, el venerado Atahualpa. El esqueleto del monarca indio se siente conmovido por un choque tan oportuno y coal signo revelador de un ánimo que alienta a los patriotas revolucionarios, los huesos de Atahualpa se levantan gloriosamente de su lecho eterno para lanzar un grito de «¡venganza!» que electriza los corazones de sus hijos.

Los defensores de la justicia y la virtud, los que llevan en su escudo patente la imagen del sol de los Incas, que hoy es emblema de sacrosanta libertad, no tardarán en ver realizados sus idea-

les. Y cuando ese día llegue, los nuestros, festejando la luz que se hace en sus espíritus y la gloria que les incumbe, engalanarán con ese mismo sol la bandera ostentadora de sus triunfos cruzada por las franjas azules de la misma bóveda celeste, en la cual «un ser divino» escribirá con estrellas el nombre inmortal, sagrado y dulce de mi patria libre.

Poco a poco va esfumándose el rojo manto que cubría la escena. Y entonces es cuando veo dibujarse lentamente en el proscenio la imagen hermosa de mi república uruguayana. La veo cubierta con ese lienzo de que hablé. Circundada su oscura cabellera por un dorado resplandor que emana del astro que orna su pecho. Lleva en una mano esgrimiendo el acero veloso de la justicia y en la diadema que circunda su frente, hay escritas estas sublimes palabras: «igualdad, patriotismo y unión». Comina lentamente, como los gauchos de la caravana del dolor: Pero este es el progreso y en su camino alfombrado por las gallardas victorias de sus hijos, va sembrando la savia purificadora de sus acciones.

Se extingue también la imagen simbolizadora de mi patria, y con ella mueren también las últimas vibraciones que en mi oído dejaron impresas las sonas del himno nacional:

«Si tiranos, de Bruto el puñal».

MARÍA M. HUARTE

DE RABINDRANATH TAGORE

¿Dónde está tu feria, canción mía? ¿Acaso está allí donde los sabios mezclan la brisa del verano con su parar, que si el aceite depende del barril, o el barril del aceite? ¿O donde los amarillos manuscritos fracasan el ceño a la frivolidad alijera de la vida? Mi canción grita: «Ay, no, ay, no, ay, no!»

¿Dónde está tu feria, canción mía? ¿Acaso está allí donde el mimado de la fortuna se enorgulza de soberbia y carne de en un palacio de mármol, con sus libros forrados de cuero y pintados de oro en los estantes, y los esclavos limpiándole el polvo en las páginas vírgenes dedicadas al dios oscuro? Mi canción jadeó y dijo: «Ay, no, ay, no, ay, no!»

¿Dónde está tu feria, canción mía? ¿Acaso está allí donde el joven estudia sentado, la cabeza sobre los libros y errante el pensamiento por el país de ensueño de la juventud; donde la prosa rastrea sobre el pupitre y la poesía se esconde en el corazón? ¿Te gustaría jugar al esconder por aquel desorden polvoriento? Mi canción se que da callada, vacilando tímidamente.

¿Dónde está tu feria, canción mía? ¿Acaso está en la desposada que se afana en el hogar, con ella, que corre a su alcoba, en cuanto se ve libre, y saca, aprisa, de debajo de su almohada la novela llena del olor de su pelo, manoseado tan rudamente por el niño? Mi canción dá un suspiro y tiembla de dudoso afán.

¿Dónde está tu feria? ¿Acaso está allí donde no se pierde jamás el más menudito pio de un pájaro, donde la charla del arroyo encuentra su ciencia plena, donde las cuerdas todas de laúd del mundo derraman su música sobre dos aleteantes corazones? Mi canción estalla y grita: «¡Sí, sí!»

A mí me gusta la ribera arenosa, en cuyas lagunas solitarias clamoreaban los patos y las tortugas tomaban el sol; donde, al anochecer, las barcas pescadoras perdidas venían a cobijarse a la sombra, entre la yerba alta.

A ti te gustaba la frondosa ribera, donde los bambús cojan las sombras en brazos; donde venían las mujeres con sus cántaros, por la senda retorcida.

El mismo río corría entre los dos, y cantaba la misma canción a las dos riberas. Yo lo escuchaba echado, solo, en la arena, bajo las estrellas; tú lo escuchabas sentada al borde de la ladera, en la luz del alba; sólo que las palabras que yo te oía eran ignoradas por ti, y el secreto que te decía a ti fué siempre para mí un misterio.

CARTA DE AMOR

Mi verso, Musa mía, te silencia cosas muy hondas y sentimentales...
¡Yo siento que a tu virginal presencia, es como un bien la copa de mis males!

Porque de un peso sepulcral se libra mi torturado corazón inerte...
Porque en el tuyo, milagrosa fibra dice a mi pena blandamente: ¡duerme!...

Y mientras a tus pies abren sus rosas de adoración mis emociones puras, tus ojos van siguiendo unas gloriosas, claras sendas de paz por las alturas.

Sueñan tus ojos el azul camino por la Muerte, en la tierra, profanado...
Vierten tus ojos el celeste vino de tu cáliz de amor. ¡Como has llorado!...

¡Vino celeste, lágrima bendita, para mi corazón lustral esencia, cae tu llanto...mientras se marchita la fresca rosa de mi adolescencia!

¡Cae tu llanto...y ya lo olvidado: lo que en vano soñé...lo que he perdido... mi escaso aliento en este mar de lodo, y mi muda vergüenza de vencido!...

¡Ya no pienso que es madre la mentira de toda acción, de todo pensamiento, y que hasta en el cordaje de la lira sopía y difunde ese reptil su aliento!

¡Qué tú eres la verdad! En tu semblante de Madona hallan cielo mis tristezas...
Tu voz me baña en una luz fragante...
Se siente virgen mi alma cuando rezas...

¡Qué tú eres el Amor! A tu presencia, es como un bien la copa de mis males, y de la brevedad de la existencia brota un fulgor de sueños inmortales!

¡Qué tú eres la Virtud! Virtud que libra de tanta culpa al corazón inerte, cuando en el tuyo milagrosa fibra dice a mi pena blandamente: ¡duerme!...

J. T. ARREAZA CALATRAYA

BELLEZAS MARAGATAS



Señorita SARA CIGANDA DUHAU

UN RECUERDO HISTÓRICO

Un amigo de esta revista, afecto a las cosas del pasado, nos proporciona estas notas gráficas tomadas por él mismo el 25 de Agosto de 1898, día en que fué inaugurada la estatua de Artigas. —Vive aún en la memoria de los hombres de

sías alusivas al acto la señorita Celia Lamaisón. Por la noche se celebró en el Teatro Nacional con éxito brillantísimo una velada literario-musical, a la que dieron inusitado realce las damas de San José que tenían a su cargo los números



LA COLUMNA CÍVICA EN MARCHA

aquella época, el recuerdo de las solemnidades que rodearon ese acto, la exteriorización pocas veces superada en San José del regocijo popular que dió contornos perdurables a aquel homenaje al Caudillo que encarnó las más altas aspiraciones de un pueblo.

En la plaza pública hicieron uso de la palabra los doctores Manuel Gondra, hoy Presidente de la República del Paraguay; Domingo Mendilaharsu, en aquel entonces Ministro de Relaciones Exteriores; Evaristo Ciganda, de alto renombre nacional; Pedro Manini Ríos, Gabriel Deza y Bernabé Durán Arenas; declamando unas poesías

más aplaudidos. Gran cantidad de viajeros de la capital y departamentos limítrofes contribuyeron a animar extraordinariamente la ciudad.

Muchos años han transcurrido... La estatua inaugurada aquel día ha visto al pueblo congregarse en torno suyo en las fechas de gloria, manteniendo siempre vivo el culto de los muertos ilustres. Ante su eterna inmutabilidad de bronce, los hombres avanzan ansiosos a la conquista del Mañana; pero no es tarea vana ni estéril evocar con cariño en todo momento al Patriarca de la gesta heroica de nuestra nacionalidad.



SALIDA DEL TEDEUM

EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente,
y la fría inquietud de su miradas
revela un alma casi toda ausente.

Deshojarse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde tras los húmedos cristales
se pinta, y en el fondo del espejo

El rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó—la pobre loba—muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada,
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?

El ha visto las hojas otoñales
amarillas rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales,
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfa
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serío retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tic-tac del reloj. Todos callamos.

ANTONIO MACHADO.



Señorita Margarita de Cortona Menéndez Franco

LA LEJANIA

Cae la tarde... Quemadme en pebeteros
canela roja y sándalo oloroso;
tornadme el aire denso y especioso
con mirra y sinamomo en los braseros.

Ardan en mi hosca intimidad los cueros
de los sillones grandes Surja, ocioso
de algún rincón del hall esplendoroso
un negro de Numidia de ojos fieros.

Thé de Ceylán en la fayenza roja
ponedme a hervir... Y abridme bien la puerta
y yo la vea, abierta, en los espejos...

A ver si logro, al fin, que se descoja
en este ornato, aparición incierta,
tu alma sutil, de la que estoy tan lejos...

EDUARDO MARGOLINA

PENSAMIENTOS

Pensamientos son tus vagos
Ojos: taciturnos lagos
De quimeras y de olvido!...
Pensamiento es tu sonrisa,
En que suspira la brisa
Del Paraíso Perdido!

Un pensamiento soñé,
Rojo, mudo y también sé
Que sufría como yo...
Nació triste, vivió ileso,
Se moría por un beso,
Y una lágrima lo ajó...

JULIO HERRERA Y RUISSO



CHISTE INGLÉS

Hallábase al pié del Himalaya un andaluz y un inglés. El primero desoso de embromar al segundo, le dice:

—Diga, mister, ve usted la pelea que tienen aquellas hormigas en lo alto de la montaña?

El inglés miró y como no vio nada, se volvió hacia el andaluz y le dijo:

—Mi no ve pero siente las trompadas.

¡AHUJENAL...

Un paisano que por primera vez venía a la ciudad, trajo a su hija para que la conociera, y lo primero que vio, al salir de la estación, fue una máquina aplanadora; el paisano entonces, en tono imperativo y desparramando gente, grita:

—¡Aura pues!... ¡anda aprendiendo mi hija; (st) es un airoplano!

K LIUR

Entra en un restaurant un francés y tras él un alemán.—Ambos ocupan mesitas vecinas.

—Sírname algo de pescado, dice el primero al mozo.

El alemán a su vez pide un plato de jamón.—El francés que terminó primero el plato, dice al mozo:

—Vea amigo, ¿sabe usted que el pescado quiere na lar?...

Comprendió el mozo la indirecta y trajo media botella de Burdeos.

El teutón, que también quiso demostrar su viveza dice en alta voz, al finalizar su plato:

—Vea mozo, no se da cuenta que el chanchito tiene sed?...

DE VISITA

Estaban de visita una vieja con su hija, en casa de otra señora que también tenía otra hija señorita (y todas ellas de las que se quieren dar corte).

La primera saca la conversación sobre un fonógrafo que había comprado, y dice la hija:

—A mí las piezas que más me agradan son «Nabucodonosor» y la «Traviata».

Entonces, por no ser menos, la otra señora le contesta:

—Mi hija también las ha comprado. Y dirigiéndose a la hija, dice:

—Tocá, hijita, «El trabuco del Señor» y las «Tres Biatas».

APUESTA

En torno de una mesa de café se encontraban sentadas varias personas, entre ellas un francés y un alemán.

De pronto apuestan a quien dijera el disparate mayor, e inicia el germano diciendo:

—Había en Alemania un caballero...

A lo que, interrumpiéndolo le dijo el francés:

—Gané el señor!...

EN LA COMISARÍA

—¿Confiesa usted haber llamado burra a esta señora?

—No puedo negarlo.

—Pues tiene usted que pagar una multa.

—Muy bien; pero dígame, señor comisario, si llamase señora a una burra también me multaría?

—No.

El sujeto dirigiéndose galantemente a la dama

—Bueno. Adiós, señora.

Los Saboyas

Hay que reconocer que si la casa de Saboya, políticamente, es tan mala como todas las familias que sostienen en Europa el régimen monárquico, considerada en sus costumbres privadas, inspira mayor simpatía que todas las dinastías juntas.

La unidad italiana, que ha hecho a los Saboyas soberanos de 28 millones de seres, no ha borrado sus costumbres modestas de antiguos reyes de Piemonte, monarcas de un país pequeño y pobre, obligados a atemperar sus gustos a la exigua lista civil.

Además, la democracia, como el sol, dora cuanto toca, y la actual dinastía italiana, hija de la revolución, por más que ahora comience a renegar de ella, no puede despojarse fácilmente de los gustos sencillos y la severidad espartana, adquiridos en la época en que caía en los campos de batalla contra esa misma Austria que

ahora mira como fiel aliada.

Los Saboyas son la dinastía que viene de abajo, y apoyándose en el pueblo, ha procurado identificarse con éste, imitando su sencillez de costumbres. Si es que en Italia no ha de ser un hecho la República, los reyes que vengan después de Humberto—influenciados por el continuo trato con Alemania y Austria—vivirán aparatosos y ridículamente como el César germánico o cualquier otro monarca de los que aún creen en el derecho divino. Pero hasta el presente, los individuos de la casa de Saboya son simpáticos por su sencillez de costumbres, que amortigua y disimula esa fiera amorosa, inextinguible, distintivo de la familia.

Hasta en esta tendencia de raza se marca la atracción hacia abajo. Victor Manuel, aquel Nemrod de las campañas italianas que huía de los palacios y solo se hallaba bien en las cabañas de los guardabosques con el emplumado fieltro sobre las cejas y la escopeta en la mano, guardaba para las rollizas campesinas, morenotas y

de piernas desnudas, las sonrisas que en vano buscaban las acicaladas damas de la corte. Era en esto semejante a nuestro Carlos V, que se conmovía ante la belleza de las lavanderas alemanas y lanzaba al mundo los frutos de un cruce del cetro imperial con la pala de golpear la ropa.

De nuestro Amadeo todos sabemos que no sentía menos el ardor de la sangre del papá. De Humberto nada se dice, porque tal clase de juicios privados corresponden a la historia, y esta solo adquiere sus derechos después de muerto el individuo; pero visible es su sencillez de costumbres para los que le encuentran todos los días completamente solo por las calles de Milán o Roma, puesto de chistera y levita, como un honrado burgués, y trozándose los brazos a fuerza de contestar el saludo de los transeúntes.

Ha tenido una educación militar. Hombre apenas cuando su padre batallaba con los austriacos, pasó su juventud en los campamentos y en los combates, y libre aturdidamente del afeminamiento de los palacios, es un soldado, y tiene la marcialidad, el aspecto franco y la sencillez de porte de un buen camarada de cuartel.

Todo esto pensaba yo una mañana paseando por los salones del palacio real de Genova, un caserón de mármol magníficamente emplazado a la vista del golfo, con una escalinata que descendiendo al mar y permite embarcarse sin salir a la calle. Repasando los antecedentes de los Saboyas me explicitaba la modestia, la falta de aparato regio que se nota en esta vivienda, como en todas las demás que la familia de Humberto tiene en las principales capitales de Italia.

En los salones, muchos cuadros de gran valía; pero éstos son aquí tan abundantes, que se encuentran en cualquier parte. El resto del decorado, falso, pretencioso y pobre, como la casa de un advenedizo instalada a toda prisa.

Sillerías doradas de equivoco gusto, que parecen sacadas de la guardarropa de cualquier teatro; espejos con talla a máquina, que recuerdan las grandes peluquerías; camas mezzuinas, rematadas por enormes coronas de aspecto ridículo, pilas de baño angostas, semejantes a las de los establecimientos hidroterápicos.

Rubricáense los monárquicos. Tiemblo de rabia el principio de la majestad real, que exige lujo y aparato. Cualquier industrial de la república francesa, cualquier tocinerero millonario de los Estados Unidos, vive con más *confort* y buen gusto que los reyes de Italia.

Tal vez en esta sencillez monárquica hay su parte de cálculo, y es una muestra de la astucia y sentido práctico de los Saboyas.

A un pueblo que en el 48 desde Nápoles a Turin gritó viva la República y que aun ve flotar en el espacio la roja capa de Garibaldi, el caballero sin miedo y sin tacha de la revolución, debe tratarse con un tacto exquisito para que tolere la monarquía con todos los desaciertos a que la ha arrastrado la soberbia política de Crispi.

Hay que reconocer que esto sabe hacerlo Humberto a la perfección. Se exhibe sin aparato alguno; no ocurre desgracia en toda la península que no acuda personalmente con su esposa a remediarla; regala en suscripciones y colectas benéficas centenares de miles de liras, y este pueblo, que como buen latino es impresionable, y tan pronto se muestra sublimemente heroico en la epopeya de Garibaldi como ridículo en el período actual, habla con entusiasmo de la *regina che è molto bella y del re che è molto curioso*, como si esas cantidades que regala la

monarquía las sacase de su peculio y no fuesen una exigua parte de lo que se arrebató a la hambrienta Sicilia, a la mísera Rumania y a la casi salvaje Cerdeña, para el mantenimiento de un ejército inútil y de una diástrica caída honradez es indudable, pero sin la cual podía vivir perfectamente Italia.

Si los héroes y los mártires de la independencia italiana hubiesen adivinado el presente, tal vez no se habrían batido con aquel ardor que los igualó a los paladines de la antigüedad.

La Italia monárquica levanta en todas las ciudades grandiosos monumentos a Garibaldi y persigue y encarcela a sus antiguos soldados por ser enemigos de las instituciones.

Esos bronces que reproducen la caballerescas figura del héroe de Marsala causan el efecto de un sarcasmo.

¡Pobre Garibaldi! Soldado incansable de la libertad en ambos hemisferios, en Roma levanta la bandera de independencia sobre las cenizas de cien generaciones republicanas, barrio de austriacos el piamonte; con mil voluntarios se atrevió a conquistar el reino de las Dos Sicilias, rasgo de audacia el más grandioso que conoce la historia; con un puñado de hombres armados con fusiles viejos se lanzó a combatir con Francia imperial, que amparaba al Papa; todo esto lo hizo por el triunfo de la República, ideal que animaba su vida; y el resultado de tanta abnegación, de tan sublimes sacrificios, fue engrandecer y consolidar una monarquía ingrata, que le tuvo prisionero con grandes honores, pero prisionero al fin, en su retiro de Caprera.

El héroe infeliz fué víctima de la estafia moral mas extraordinaria que registra la historia.

Fundador inconsciente del poderío de los Saboyas, pasó toda la vida combatiendo a los *tedescos* como enemigos de su patria. Y austriacos y alemanes son hoy los más festejados y apreciados por la Italia monárquica.

V. BLASCO IBÁÑEZ

—x—

¡Qué tenés de decir, qué tenés?...

Lo recibió, Alcira, a su novio, con más «trampa» que un oso hormiguero, y él, que la conocía bien y no ignoraba del lado que venía la tormenta, acometió sin preámbulo de ninguna especie, para ganarle de mano:

—Pero ¿qué tenés de decir, qué tenés?... «Siempre has de encontrar en el calendario doméstico días de duelo nacional pa poner la bandera» la felicidad a media asta?... «Siempre te has de complacer en verme ocupado en corregirte la ortografía de los malos pensamientos que se van redatando en el arrugado papel de tu entrecejo?... ¿Has de estar continuamente dispuesta a recibirme con el libro abierto en la página de alguna efeméride?... ¿Ya no sé hacer nada que merezca el visto bueno de tu femení crida?... ¿O es que no puedo aceptar la invitación de un núcleo de amigos de mí más íntimo relacionamiento pa ir a de óleos de un infante con honesto baile de damiselas en el patio familiar de un inquilinato, sin que te se abra de par en par la «eclosia» del balcón del «cuore»?... «Es incompatible, por casualidad, con mi carácter de futuro consorte, la inclinación expansiva que pone un oasis risaño en el monótono desierto del trajín diario... ¿O el que resulta obligado que cada vez que te doy un alce a la fatiga del espíritu, atrofio en las nueve

horas del taller con capataz y todo, tengáis vos de salirme agobiándome con el recitado destemplado de tus so-pechos sin fundamento?

Artículo élia las primeras palabras, entonces: «Sí, sí!... Venime hablando en ditiel para marearme en las calasites de tu palabrerío!...

Motivó, esto, un amplio gesto de él, que entre irónico y festivo exclamó:

—¡Por fin!... Por fin des-pogaste los «tanglefó» de tus labios!

—Con los que no voy a cazarte en ningún renuncio, sin duda, porque sos mosca que demasiao sabés dónde vas a parar.

—Voy a parar sobre la superficie cristalina y pura de la verdad de mi afecto, pero sin empañarla, pese a esas erróneas presunciones tuyas, hijas naturales y reconocidas de esa enfermedad de nacimiento que te hace hacer morisquetas en cuanto me ves pasar rozando una pollera.

—Es que demasiao te conozco.

—¿Te conozco?... ¿Y qué tenés de decir, que tenés?... ¿Acaso por qué haya bailao dos piezas con la misma planchadora significa que le voy a salir pidiendo brillo?... ¿Acaso el hecho de haberle dedicado la atención de una «cuseri» en la obligada oportunidad del ambiente, ha de significar que tengo interés en escribir en la postal de mi cariño algún otro pensamiento?... ¿O acaso, también, por que trato de ser galante y por lo menos entrefino, que lo son hasta los fideos amarillos, y porque resulto más franco que moneda de curso legal francesa pa' hacerle un elogio sin reticencia y merecido a una mamá bicho-feo que ha tenido el buen tino de ofrecer a la admiración colectiva una hija preciosa que constituye un adorno edilicio, implica que debo no estar conforme con la que a mí me ha tocado en la tómbola de la vida?... ¿O es que uno no puede tener cosa propia linda sin que tengan de parecerle feas las ajenas?...

—Es que a vos te parecen mejor todas las otras.

—No es cierto, y eso, aunque no quieras confesarlo, te lo he probao y te lo pruebo acabadamente, y si no, decime: ¿no te he atendido siempre sin cometer omisión en el cumplimiento de mis deberes; no he tratado de satisfacer siempre tus deseos; no te he presentao a mis relaciones; no te acompaño los domingos y días de fiesta, y eso que sa'ís con la vieja que, no es porque vaya a ser mi suegra, tiene una cara como hecía d' encargo p' asustar chiquilines?... Y, sobre todo, ¿no uso tu anillo floríao de oro cadavérico en el anular de la zurda?...

Hizo un mohín de asentimiento, Alcira, intimamente halagada; y viéndola ya tiernita, aprovechó él para rematar, zalamero, entrelozándola por la cintura:

—¿Y entonces, qué tenés de decir, qué tenés?... Y por aquella vez se acabó la «trampa»...

SANTIAGO DALLEGRI



HISTORIAS DE ALMAS

Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué importa!...

Para contar dolores y alegrías, embriagueces de dichas y tormentos de infiernos, ¿interesan acaso tiempos ni lugares? Espacios infinitos ¿os miden ni os definen las estrellas q' corren fugaces nuestros senderos de éter, dejando tras de sí luciente estela? ¿Sobre qué altura se cernió la nu- be, agitada por vientos de tormenta? ¿Cuál es el

nombre del picacho que la atrajo, y sobre cuyas descarnadas aristas se deshizo en raudales de aguas claras?... ¿Qué continentes deja a sus pies la negra golondrina al cruzar mares de aire, en busca de calor para su nido?... ¡Nombres y fechas! ¡Inútiles alhios de un poema!... Alma agitada por tormentos de pasiones, ¿qué importa que aquel cuerpo que te sirvió de marco haya vestido la fúlide o la túnica, que aquellos ojos, por los que asomaste circundada de cortejo de lágrimas, tantas y tantas veces, se hayan abierto al resplandor dorado del sol de Grecia o a la luz de la Campaña augusta?... ¿Qué importa que hayan recibido fulgores de incendio en las vegas andaluzas, o suavidades y languideces de estrellas que se apagan en los cielos del Norte?... Lo que interesa al alma del poeta, el soplo misterioso que ha de agitar las cuerdas de su lira conmoviendo a sus sonas las fibras todas que sienten esparcidas por el mundo, es el eco profundo y sostenido de la pasión humana, que saliendo caldeado del pecho mismo que agitó, hace saltar de gozo, o palpitir de angustia, todos los corazones capaces de abrigar aquel latido con cariño de hermanos.

Vagaba solitario por el mundo ¡tan grande!...

Tenia una guitarra, mi única y amorosa compañera. De su asilo, carecomido por el peso cruel de muchos días, pendían en vistosa escarapela cintas azules; agitábanse a impulso de las brisas y decían llorando: «Venid a mí, suspiros y caricias; venid a mí, lamentos y gemidos; venid a mí, las dichas; venid a mí, las penas... y vinieron... Y a mi paso por valles y montañas, por aldeas y villas, por palacios y cabanas, llegaron, agitando-se en el aire como enjambre de mariposas, notas lanzadas por humanos pechos en momentos supremos; canciones tan alegres como voces de niños que despiertan; baladas tan tristes como vidas muy jóvenes que acaban... Posáronse en caricias melancólicas sobre las cuerdas... y allí han dormido silenciosas, horas muy largas... Hoy una mano amante descolgó la guitarra e hizo vibrar las cuerdas dulcemente... y a su impulso han saltado a los aires las notas que dormían ¡Escucha!... Cuentan historias de almas que vivieron, no se sabe ni dónde ni en qué tiempo; pero cantan amores y tristezas...

Esqueletos de dramas... Ecos de canciones que se recuerdan... ¡Escucha! ¡Escucha!

G. MARTINEZ SIERRA.

EL ODIO

El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas a quienes la mediocidad y la necesidad enojan. Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa vivir holgadamente, despreciando lo necio y lo vergonzoso.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Cada vez que me he revelado contra las sociedades de mi tiempo, me he sentido rejuvenecer y he cobrado más alientos. He hecho mis compañeros al odio y a la arrojanca; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar cuanto ataca a lo justo y a lo verdadero. Si hoy valgo algo es porque estoy solo y porque odio.

EMILIO ZOLA

DE «CANCIONES TRUNCAS»
CONJUNCIÓN

Una galantería del amigo a quién están estos versos dedicados, nos permite darlos como primicia. El prestigio de que goza en San José la joven y triunfante personalidad de Yamandú Rodríguez, hace innecesario todo lo que de ella pudiéramos decir. No limitemos, por tanto, a engalana nuestra revista con esta hermosa producción del autor de «1510».

A Eugenio Villagrán Bustamante

*Del fondo de la noche me llamó tu alabastro
 Y es fuerza que mi sueño responda a tu llamado.
 Ni yo tengo la culpa de haber nacido alado,
 Ni tu tienes la culpa de haber nacido astro*

*Ignoro la tristeza dormida en tus ojeras
 Que borra de mi alma todas sus rebeliones,
 Yo se que en tus palmeras sollozan mis leones
 Y se que a mis leones dan sombra tus palmeras*

*No se si mis tristezas salvarán tus halagos
 O se ahogarán tus rimas cabe mis pesadumbres;
 Si el llanto de mis lagos subirá hasta tus cumbres
 O si el tul de tus cumbres bajará hasta mis lagos.*

*Lo que importa a mi vida es pensar en aquella
 Conjunción anhelada por todas nuestras galas
 Cuando para alcanzarte me des el sueño sus alas
 O cuando por besarme abandones tu huella...*

*Esto pienso, mi amada, cada noche que veo
 Ascender un suspiro o bajar una estrella.*

YAMANDÚ RODRIGUEZ

CRÍTICA LITERARIA

Literatura y escultura

La emoción es como el amor, la embriaguez y la locura. Pero un artista de superior estirpe ha de evitarla, porque es una condición interior que le ensalza a la plebe, y el artista que evita la embriaguez, ha de evitar también la emoción. En las regiones superiores no existe la emoción, sino la beatitud serena o el dolor extático, y, ese cielo que nos parece tan ardiente sobre las ciudades, es frío y sereno en su último azul. La emoción hace que chispeen y lancen guiños las estrellas y se tornen áureas o moradas; pero en el azul más alto la serenidad inalterable. En un momento supremo de su evolución, toda labor literaria aspira a alcanzar la eterna belleza extática de la escultura. Un frío mármolico anuncia la madurez del arte literario con ese helado estremecimiento celeste que el mármol divino des-

tinado a los altares guarda en sus entrañas. En los escritores menos puros, este helado temblor de plata anuncia el alevamiento de la madurez. La hoja de plata del trébol simbólico, llega a su linfa la postrera. Más en los artistas superiores, la juventud misma se anuncia con este helado hábito de montaña. Recuérdese los versos juveniles de Machado (Antonio) y de Rubén Darío. En esta estética de la trialdad divina fundaron su arte los parnasianos; por oposición a los simbolistas, que siguieron la estética de la nube y el astro. En los parnasianos, este canon de frialdad se convirtió en sistema de escuela. Pero en general puede afirmarse que inevitablemente se impone este canon frío de oro en un supremo instante de la evolución de todo artista lírico. El supremo anhelo de la prosa y el verso es convertirse en mármol, en lograr la belleza firme, pereene y quieta de la estatua. Las líras unen sus cuerdas quietas para darles la lisura de un friso. No más destellos ni cabrillos reanpuaguentes. Una literatura superior quiere la belle-

za estática del mármol, de la piedra labrada, que hace noble y eterna la actitud. Una superior estética ha de ser fría y quieta, ha de rechazar el movimiento y por lo tanto la emoción. La obra de arte tendrá su génesis en sí, pero la manifestará en bellas formas quietas. Este fué el canon del arte clásico, que aun pervive; y esta es la aspiración de los más altos liricos contemporáneos. La obra de D'Annunzio está poblada de blancas estatuas serenas, de Niobes que inmóviles lloran, de Victorias que sin alas vuelan eternamente en un sueño de Dianas que tienden un arco para siempre. A este anhelo de escultura tienden un arco para siempre. A este anhelo de escultura tiende hasta el grafismo d'annunciano, que escasea comas y paréntesis, para imitar el estilo unido de las inscripciones marmóreas. Entre nosotros hay escritores fríos; pero hay pocos cinceladores de bellas imágenes eternas. Juan Ramón tiene la estrella y la nube, más no el mármol. Ruben Darío en sus «Prosas profanas» acertó a encontrar, en compañía de los parnasianos, la bella y helada Psiquis de los mitos. Los demás... Esculpir el estilo es más difícil que mirarle.

R. CANSINOS-ASSENS

Nuestra carátula

Buscasso, el conocido dibujante montevidiano, artista de indiscutible valer, es autor de la hermosa carátula que inauguramos en este número.

A pesar del apresuramiento, impuesto por las circunstancias, con que fué ejecutado, se evidencian en ella la originalidad y justeza en el trazo que caracterizan a nuestro valioso colaborador.

A LOS LECTORES

Por encontrarse enfermo el encargado de la sección comercial, industrial y ganadera, nos es imposible continuar en este número las publicaciones sobre ese tópico, iniciadas anteriormente. Hasta el próximo, pues.

Dulce egoísmo

El salón de una señora muy amable y muy buena. Delante de la chimenea hablamos de Maura, de Silvela, del tiempo y de otra porción de cosas sin importancia, unas cuantas personas.

Un señor muy elegante, que me han presentado, pero que no recuerdo como se llama, me dice acompañando la palabra con una simpática sonrisa:

- No sabe usted lo que me gusta el invierno.
- ¿Le sienta a usted bien?—le pregunté viendo que a pesar de su aspecto de curutaco se nota que está fatigado.
- No: no puedo padecer reuma.
- ¿Tiene usted un plan, algo que hacer?
- ¡Oh, no! Soy rico y no trabajo.
- ¿Piensa usted divertirse?
- No crea usted...
- ¿No le gusta a usted el teatro.
- No; yo apenas voy al teatro.
- ¿Frecuenta usted reuniones, bailes, sin duda?...
- No, no; tampoco.
- ¿Le gusta a usted pasar las veladas en casa leyendo?

- No. ¡Ca!
- ¿Tiene usted algún proyecto?
- ¡Oh! Ninguno.

-¿Por qué le alegrará a este hombre que venga el invierno?—me he preguntado.

Hemos salido juntos a la calle. Hacía una niebla helada que penetraba en los huesos; los globos eléctricos en sus altos soportes se veían al través de una gasa de niebla azulada.

En la calle andaban unos cuantos golfos descalzados, con los brazos cruzados sobre el pecho, con un aspecto de micos, saltando para calentarse.

-¿Sabe usted lo que hace que me justo el invierno? me ha preguntado el señor amable con una ingenua sonrisa.

-¿Qué?

-Pues pensar que hay gente que tiene frío cuando yo estoy entre mantas, que hay gente que no come cuando yo estoy en la mesa. Es una tontería, ¿verdad?—ha añadido el señor amable sonriendo.

-No, no es una tontería.

-¿De veras no le parece a usted una tontería?

-¡Qué me ha de parecer una tontería! Me parece muy bien, pero que muy bien.

Y el señor amable y yo nos hemos despedido amablemente, cambiando la más afectuosa de las sonrisas.

PÍO BAROJA

UNAMUNO

Miguel de Unamuno, el filósofo hondo, sutil, quijotesco, romántico, una de las intelectualidades más vigorosas y afirmativa de la época actual, el hombre soñador en cuya conciencia hay un reflejo de las rojas auroras del futuro, acaba de ser condenado por los jueces de la España conservadora y monarquista de Antonio Maura.

El delito que se le ha imputado es nada menos que el de lesa majestad. Y en verdad, que esa inculpaición, tiene a fuer de anacrónica mucho de sarcasmo. Es que resulta incomprensible que en una época como la nuestra, en que las masas afiebradas y convulsas marchan por derroteros de luz hacia la implantación de las ansiadas acracias redentoras, hayan todavía quienes se ocupen de velar por la inviolabilidad y el sagrado respeto a que creen acreedor un monarca que tiene sobre su conciencia de hombre la responsabilidad de aquel crimen ignominioso que fué el fusilamiento de Ferrer. Por lo visto, y nos duele decirlo, aún quedan españoles que no olvidan que su tierra fué tierra de intolerancia y fanatismo; españoles que no quieren que se olvide que fué entre ellos que Torquemada iluminó la penumbra de los siglos medioevales con el resplandor siniestro de las hogueras de la Inquisición.

Pero a los que amamos la patria de Amadís y D. Quijote, de Rodrigo de Vivar y Juan Padilla nos queda el consuelo de saber que mientras en Madrid se da un paso atrás condenando a Unamuno por el delito de pensar libre, en Barcelona resuena la verba ácrata y vibrante de Guimerá y tremolando una gran bandera roja se agita la lírica falange de los que sueñan con futuros fraternales y armoniosos.

LUIS COVALES



Café y Confeitería

PARIS

Calle Asamblea y 25 de Mayo

PLAZA PRINCIPAL

Teléfonos: Las dos compañías



ALFREDO DELGRANDI

San José, de Mayo



ANDRÉS RUIZ (Hijo)

Depósito de Cereales, Forrajes, aves y huevos

Almacén, Tienda, Ferrería y

Materiales de construcción

Máquinas agrícolas en general

Agencia del Banco de S. del Estado

Sección granito

Agencia de Correo G. 21

Teléfono Las dos Compañías

Casa Principal ex-casa Arrondo

Sucursal y Depósito

Calle Colón Esquina Cuareim



Casa Santos García

FUNDADA EN 1881

TIENDA,

MERCERÍA,

ROPERÍA,

SASTRERÍA,

BAZAR,

ZAPATERÍA

TALABARTERÍA

Importación

ALMACEN DE COMESTIBLES

FERRETERÍA

ALMACÉN DE HIERROS

MAQUINARIAS

BARRACA DE MADERAS

DEPÓSITO de FRUTOS del PAÍS

Artículos de construcción



Recibidor y Agente de la Yerba Laurita, Agua Vital harinas Bíos, Neumáticos Good Year, Arados Oliver, Segadoras Mac Cornick Deering, Montevideana, Aceite Cáprecornir.



Visitada es la que vende más barato

CALLE COLÓN
Esquina
Ciudad de Astorga

CASA LARRUDÉ

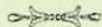
Teléf. «La Uruguaya»
San José de Mayo

Zapatería, Talabartería y Tapicería



Se tapizan toda clase de vehículos

Y cuenta para el efecto con un gran surtido de telas impermeables, lonas y hu-
les de todas clases, existencia permanente de esponjas y gamuzas.



NOTA.—Todos los trabajos son dirigidos por su dueño

Almacén de comestibles, Ferrería,
Bazar, Librería, Pinturería, Muebles y
Máquinas en general.

de ALVARO J. CAPUTI

Antigua casa de Ramón Villamil y Cia.

Ventas por mayor y menor

CALLE SARANDÍ

ESQUINA CIUDAD DE ASTORGA



Sastrería de novedad

DE

VICENTE N. GAGLIARDINI

Especialidad en casimires
2^a Corte elegante

Ultima novedad en sombrería y todo artículo del ramo.

Sobretodos e impermeables

Colón Esq. 18 de Julio



Gran Librería,
Bazar, Juguetería y Agencia
de diarios y revistas

— DE —
Pío E. Ciganda

18 de Julio y 25 de Mayo
Bajos del Teatro Macció

Gran Mueblería, Carpintería de
Obra Blanca, Colchonería, Ta-
picería y Cajonería Fúnebre.

— DE —
**CORREGÉ, MAZZONE Y
VARELA**

Sucesores de Casariego y Corregé

Servicio Fúnebre. Se atiende de lo más
modesto a lo más lujoso, contando para
ello con una carrosa Luis XV de gala y
demás accesorios.

Se lucen juegos de dormitorio, sala y
comedor. De todas clases, al gusto del in-
teresado.

Asamblea Esq. Artigas
Plaza Principal



“LA BOLA DE ORO”

ZAPATERÍA, TALABARTERÍA Y LOMILLERÍA

— de —

Manuel Aguirre y Cia.

Surtido permanente y variadísimo en
toda clase de calzado para señoras, hom-
bres y niños. — Precios sin competencia.

Teléfono
La Uruguaya

— Calle
COLON Esq
Asamblea



Los trabajos
están bajo
la dirección
de sus dueños

Confección especial en aperos, juegos de
arrees, lonas para segadoras, toldos y toda
clase de trabajos de talabartería y tapicería.

“LA URUGUAYA”

Tienda, Mercería, Bazar, Sastrería y
Ropería

de **Guerra y Cia.**

Precios ínfimos

Existencia permanente de
máquinas

Singer

—
Visiten

nuestra casa

Calle
Sarandí y
18 de Julio

LA GESTA DE LA FORMA

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muere para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndolos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatársela, para que convoqueis a otra, que llega, hurana y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una irase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la irase apenas asida se os escapa, como es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fue, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y en vuestros nervios. Dejáis en las negrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de nuestra vida.—¿Que vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone a la afinencia de la irase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia, ninguna altiva terquedad a la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh liada formidable y hermosa; liada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de Jos que te llevaron en sí mismos, durara en tí el testimonio de alguna de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

"Montevideo"

Con el título que nos sirve de epígrafe acaba de aparecer en la capital una revista de Artes y Letras.

Bajo la dirección de dos intelectuales jóvenes de verdadera valía, E. Rodríguez Fabregat y Enrique Bianchi, su programa de acción es una

promesa de realizaciones fecundas en pró de la cultura nacional.

Abierto a todos los ideales generosos, animado por el propósito de destacar ampliamente nuestra producción literaria, no dudamos que el mayor éxito coronará el esfuerzo de sus directores, empeñados en una obra de verdadera significación para las letras uruguayas.

El primer número ostenta colaboraciones de Juana de Ibarbouron, Alvaro Armando Vaseur, José Pedro Bellán, Horacio Maldonado, María Eugenia Vaz Perreyra, E. Rodríguez Fabregat, Arturo S. Silva, Enrique Bianchi y otros.

En la parte gráfica se destacan una reproducción de la obra «Espíritu» del conocido escultor uruguayo Rossi Magliano, y caricaturas firmadas por Pedro Héctor Brugani, el renombrado dibujante.

Nos complacemos en saludar a «Montevideo» deseándole vida próspera y triunfal.

NI CONTIGO NI SIN TÍ

I
Eres mi corazón, porque te llevo dentro de mí como una intensa flama, como una voz que sin cesar me llama, como un antiguo ritmo siempre nuevo;

como un impulso por el cual me atrevo a ser más en los hechos que en la fama como un latido que en mí se derrama la onda de amor cuya amargura pruebo

Porque llama, canción e impulso, vibra toda tu esencia en mí... Porque me ponés una vaga emoción en cada fibra;

y porque, siendo tú mi vida entera, aunque hoy muero por tí de hondas pasiones, si me llegases a faltar, muriera.

II
Eres mi corazón, por cuanto siento que aflaye a tí la palpitante ola de esta mi juventud, con la aureola que te ciñe un gentil florecimiento...

Lo eres porque mi afán nace en tu acento, y es por tí que mi afán crece y tremola; porque llenos mi ser, y eres la sola fuerza inicial de todo movimiento...

Porque de tí me viene la amargura y la dicha de tí; porque la oscura señal de mi existencia a tí vá unida...

porque unida a tus ansias va mi suerte; porque es fatal que viva de esta muerte, como es fatal que muera de esta vida!

EMILIO FRUGONI

CARNAVAL

Van pasando... Van pasando... Uno, dos, tres, cuatro... Diez... Quince. Un interminable séquito de carruajes bruñidos que reverberan bajo la gloria arifera de la risa solar.

Van pasando... Y el lento ondular de esa línea de vehículos avanza con monotonía murmurante de latín litúrgico sobre la griscea claridad del pavimento conyovando una carroza mortuoria.

entre cuyas negruras funerarias yace alguien dormido en sueño de cadáver. En la cúpula de la carroza ostentase la fuerza estatuada de un negro musculoso que en una quebrada compadrona de tango candombero se propone emblematizar el Poder de la Vida. ¡Cual si la vida tuviese algún poder sobre la muerte!

.

El paso del entierro hace asomar a los balcones, puertas y ventanas la insomne curiosidad de la gente, aminorando la ligereza en el andar de los viandantes.

A excepción de los que se encogen de hombros ante un muerto que pasa, los demás sacian sus deseos de saber lo que no les importa. Leen el monograma del extinto. Admiran la heterogeneidad de las coronas. Saman los carruajes. Examinan una por una las caras de los que van en los coches...

Estos, arrellanados en los cojines, sonríen o discuten. Solazan algunos en saludar con guiñadas a cuantas muchachas encuentran. Plegando los labios forman símbolos de expresivos besos. Besos que las yemas de los dedos simulan arrancar para arrojarlos luego sobre las risas y muecas de costureras y lucumas...

.

Ys miró los cocheros Van pasando...

Es un desfile color de rata de levitones tristes. Sucios y aseados. Con arrugas y deshilamientos seniles. Levitones que lloran el dolor de vivir al aire libre y que sufren la nostalgia del ropero.

Desfilan levitones inmensos, voluminosos, hospitalarios. Filantrópicos levitones en los cuales sus habitantes nadan; se extravían, se minimizan, se espiritualizan...

Pasan levitones estrechos, exigüos, apremiantes, inhospitalarios. Inhumanos levitones que dan a quien los lleva el dolor de un suplicio chino. Levitones que son cepos. Que son tiranías...

.

Hay también un desfile de felpa envejecida, de galeras altos. Una selemne posesión de tubos ahumados. Un sonriente cortejo de paradojas sombreriles que elevan hacia el cielo sus copas, no para brindar, sino implorando misericordia y paz.

.

Pasa un levitón, encorvado sobre un pescante. Por la abertura de las amplias mangas asómanse los dedos del auriga, sosteniendo las riendas. Sobre el cuello del levitón trata de hundirse, bajo el peso de su edad proyecta, un magnífico sombrero de copa alta, de lustre bituminoso, con radiaciones verdes y azules. Un magnífico sombrero de procedencia hereditaria, que ha venido a través de los tiempos, saltando de cabeza en cabeza y que sabe más frenología que Lombroso. Entre el cuello del levitón y el ala del sombrero, surgen dos orejas manumitidas, y grenchas de cabello oscuro. Al frente una nariz rojiza extiende la insolencia de su punta sobre la melancolía de un bigote bajo el cual dormita un pucho de cigarro...

.

Pasa otro levitón. Inquisitorial. Decadente, en decadencia plena. A veces, luce matices negros.

Observado de más cerca reverdece como azotea vetusta. Según la inflexión de los rayos solares, se oscurece o se aclara. Tiene rubores o tristezas. Es posible que haya sido confeccionado con cuero de camaleón o tegumento de político.

El levitón sonríen por entre los dientes de una costura que se desconce. Se agita sobre el pescante. Resulta estrecho para contener la corpulencia del Falstaff que va adentro. Tiene intenciones subversivas. Quiere estallar. Quiere abrir válvulas de escape a esa superabundancia de gordura cocheril. ¡Esfuerzo inútil! Apenas si la obesidad del cochero puede desbordarse por el cuello. Por allí emerge la cabeza roja, con calva de vejiga, sosteniendo en una pequeña zona de la cúpula una galera demasiado chica, de copa alta y ala estrecha. Una mariposa posada sobre la cúpula de un templo.

.

Otro levitón desfila. Antítesis. Es de los hospitalarios, de los benévolo. Pero sucio. Mugriento. Algo va en su interior que parece una osamenta. Es el cochero. Los dolientes pliegues de la hermosa levita lloran su mal empleada grandeza cubriendo el esqueleto que se arquea como vara de junco. Es un cochero enteco que se vaporiza. Todo él cabría en una sola manga. Al mirarlo no es posible dejar de pensar en un fideo...

La galera derrumbase hacia atrás, sobre la grasitud del cuello, cual torre de Pisa. Cual larga chimenea que cae...

.

Van pasando... Van pasando...

Levitas, levitones, galeras. Luto falso. Cocodrilos llorando. Tristezas de cambalache. Carnaval...

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY



Una extraña velada transcurrida en un campo de batalla

¡La extraña velada transcurrida en el campo de batalla!

Cuando tú, hijo y camarada mío, caíste a mi lado, ese día,

No te dirigí mas que una mirada a la que tus caros ojos contestaron con otra mirada que no olvidaré jamás,

Y la mano que tratase de levantar del suelo en que yacías apenas si rozó la mía;

En seguida avancé en la batalla, donde la lucha continuaba con iguales probabilidades,

Hasta que, relevado de mi puesto algo tarde en la noche, puede volver al fin al sitio donde tu habías caído,

Y te encontré helado en muerte, camarada querido, hallé tu cuerpo-hijo de los besos dados y recibidos (¡jamás vueltos a dar sobre esta tierra).

Descubrí tu faz a la luz de las estrellas (singular era la escena). El viento nocturno pasaba fresco y ligero;

Largo, largo tiempo pasé allí velándote, mientras a mi alrededor el campo de batalla se extendía confundidamente;

Velada prodigiosa, deliciosa velada, en la noche queda y perfumada,

Ni una lágrima cayó de mis ojos, ni un suspiro profundo exhaló mi pecho; largo, largo tiempo te contemplé.

Luego, extendiéndome a medias sobre la

tierra, me mantuve a tu lado, con el menton hundido entre las manos,

Pasando horas suaves, horas inmortales y místicas, contigo, camarada querido,

Sin una lágrima, sin una palabra;

Velada de silencio, de ternura y de muerte, velada por tí, mi hijo y mi soldado,

En tanto que allí arriba los astros pasaban en silencio, y otros hacia al Oeste subían insensiblemente;

Suprema velada por tí, valiente hijo (no te pude salvar, tan pronto fué tu muerte,

Vivo te amé roñando-te fielmente de todas mis solicitudes; creo que volveremos a vernos seguramente);

Y cuando se iban las últimas sombras de la noche, en el momento preciso en que apunta el alba,

Envolví a mi camarada en su manta, enrollé bien su cuerpo,

Resplegado cuidadosamente la manta por debajo de la cabeza, y cuidadosamente bajo los pies,

Y allí bañado en el sol levante, deposité a mi hijo en su fosa, toscamente abierta,

Terminando así mi extraña velada en el campo de batalla envuelto en sombras,

Velada por el camarada muerto repentinamente, velada que jamás olvidaré, ni cómo, al apuntar el día,

Levantándome de la helada tierra y envolviendo cuidadosamente al soldado en su manta,

Lo sepulté allí donde cayera.

WALT WHITMAN

Están almorzando un padre y su hijo. Este desperdicia muchos pedazos de pan.

—Cómete ese pan,—dice el padre,—mañana puedes ser pobre, y no hallar esos pedazos que ahora desprecias.

—Pero papá, replica el niño,—yo creo que me nos los hallaré si me los cómo.

"La Morocha"

MARCA REGISTRADA

Fábrica de caramelos finos y comunes

Especiales, extras, refrescos, soda y la renombrada bebida sin alcohol

Manzana

Elaboración de cafés de toda clase y del café medicinal MALTA CEPOSETO, de vinos nacionales de 1.º y extranjeros.

VENTAS

al por mayor y menor

Lacroix Franco y Varela

Uruguay 627 a 633

— SAN JOSÉ —



Excelentes comodidades
para pasajeros y familias.

Amplio garage y
comodidades para
toda clase de
vehículos.

HOTEL PROGRESO

El mejor hotel del departamento

de P. LACAVA (Hijo)

URUGUAY 431—SAN JOSÉ

Teléfonos las dos compañías

Un proyecto interesante

El conocido industrial de esta ciudad señor Ernesto Barcia se ha presentado a las autoridades respectivas solicitando el estudio de un proyecto de panificación automática de que es autor.

Manifiesta el señor Barcia que llevado a la práctica se obtendría el máximo rendimiento y la mayor higiene en la elaboración, con un gasto muy inferior al actual.

Con mas espacio y tiempo nos ocuparemos de este interesante proyecto.

Publicamos a continuación el certificado que acompañaba la solicitud.

Los que suscriben vecinos de la ciudad de San José, certifican que conocen desde hace mucho tiempo al señor Ernesto Barcia, laboroso vecino dedicado a la industria panadera, en la que ha demostrado excelentes condiciones por su espíritu industrial y sus frecuentes iniciativas, unidas a una labor acendrada que le conq-istan puesto de primera fila entre el gremio a que pertenece.

En su consecuencia y a los efectos que dudiere convenirle expedimos el presente certificado que firmamos en la ciudad de San José de Mayo, a los 22 días del mes

de Setiembre de mil novecientos veinte.

Sixto Dela Hanty Caballero, Martín Pratto, Juan Carlos Ciganda, Juan Arricar, B. Dela Hanty, E. Laguarda, Rogelio Sagarra, G. Vicens Thievent, A. Quartino, María Espínola Espínola, Vicente Caputti, F. Giampietro, por (Santos García), José García Mallarini, Daniel C. Perera, Anselmo Angulo, Vicente S. Chocho, Héctor López Alfonso, A. G. Fernández Fernández, Nicasio del Castillo, Manuel Lerena, E. Ruiz Salazar, Ernesto R. Sena, A. G. Pintos, Adolfo Cordero, Estradé hijos y Cia., Eladio Sánchez Bombín, Rafael V. Salguero, Julio César Callorda, Manuel Costa, E. Ricci, Joaquín Muñoz Miranda, Alcides Fernández, Fco. Cabrera Cachón, Juan P. Rodríguez, Lucas A. Cabrera, C. Canel y Larre, Pablo Bagnasco, Mazzone Hnos., Juan De Leon, A. Bacigalupi, Oscacelay, Cándido Marín, Víctor J. Lacava, Prudencio Montagne, Manuel Rodríguez, Ángel Caputti (hijo), Ángel Caputti, Víctor Greco, José Pedro Freitas, Inocencio Sirgalea, Casto Martínez Laguarda.


ANUNCIO

Sobre las puertas de un almacén se leen estas palabras: «No vayais a que os roben en otra parte. Entrad aquí».

VISITAD LA CONFITERIA «PETIT LONDON»

de Humberto J. Cantisani

Ha recibido un surtido completo en bombones y bomboneras de la afamada marca «Nöel» bombones de fruta, turrón, crema, nuez de licor, de higos etc. Dulces glace y en almibar, novedad en caramelos fino e infinidad de artículos del ramo. No confundir bajo del teatro Macció que es la mas surtida de San José.

 Pidan por Teléfono «La Uruguaya»



NOTA:--Brevemente se anexará a la confiteria un salón para familias.

EL SOLAR

F. ROMANELLI & Cia.

EL MAS SELECTO SURTIDO



PRECIOS SUMAMENTE BAJOS

Gran Sastrería, Sombrerería y artículos
para hombres en general

de Juan Marra

Elegancia, esmero, prontitud

Precios sin competencia. Surtido completo

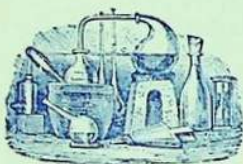
Calle 25 de Mayo

“La Moderna”

Zapatería, Talabartería, Tienda, Sastrería
y Ropería

de Ramón Chapper y Cia.

Sarandi Esq Ciudad de Astorga



Suero antidiftérico
Suero anticarbuncloso
"MENDEZ"

- Vacuna antitífica, curativa
- Suero antimeningocócico

Farmacia "Del Pueblo"

Asamblea Esq. Sarandí

SAN JOSÉ

Azufre coloidad alladio

— Oro coloidal alladio

Ernesto R. Sena
Farmaceutico

